

De esta integridad de competencia nace en la práctica una razon directa necesaria entre la suma de experiencia y el grado de pericia del especialista moderno, y la consiguiente confianza que á las gentes infunde; confianza mucho mayor que la que podía racionalmente inspirar el antiguo. Nadie como el especialista contemporáneo está en el caso de comprender y estimar todo el fondo y donaire del dicho antecitado de *Sus'ruta*: « Sólo la union de la Medicina y la Cirugía forma el perfecto médico; aquel á quien falta el conocimiento de una de estas dos ramas, semeja á un pájaro que tiene cortada un ala. »

Hé aquí, pues, lo que hay de técnicamente nuevo en las modernas especialidades, y cómo, por ser tan nunca visto lo nuevo, y tan capital, parecen ellas las nuevas (1).

Visto esto, de suyo tan claro, fácil es contestar á la pregunta segunda, á saber: ¿Cómo siendo tan escasa la proporcion de espíritus sintéticos podrá la Medicina abastecer á la sociedad de suficiente número de pantiatras?

Pues todo ello se reduce á que hoy día la educacion general del médico está basada en los mismos novísimos principios que la educacion especial. Así, en punto á medios y procedimientos exploratorios, ó de diagnóstico intuitivo, todos los alumnos sin distincion deben conocerlos y dominarlos desde el curso de Patología y Clínica generales; de suerte que todo médico debe ser capaz de llevar á cabo toda especie de diagnósticos, independientemente de su genial capacidad, por no ser ésta una cuestion de genio, sino de voluntad, ó sea de aplicacion y ejercicio. Por lo que dice á las operaciones en general, hoy todo alumno de Medicina puede y debe, por lo ménos, saber practicar bien las principales de urgencia. Ahora, en lo tocante á los demas extremos clínicos del órden material, importa fijarse bien en los grandes recursos que al médico general ofrecen las mis-

(1) De intento dejo de incluir en la presente discusion las especialidades de base *nosológica* y las de base *terapéutica*. El lector que fuere curioso en este particular hallará en mi libro titulado *Plan de reforma de la Patología general*, págs. 216 219, las muchas y fuertes razones que me obligan á no admitir más base que la anatómica para las especialidades real y verdaderamente clínicas.

mas especialidades, como fuentes de educacion, y deducir de esta posibilidad la nueva obligacion en que entran todos los licenciados al salir de la Facultad madre; la obligacion de invertir en estudios especiales libres el tiempo equivalente al de abreviacion legal del período de la licenciatura. En este punto, la experiencia me autoriza á asegurar, que en uno ó dos años de perseverante asistencia á la consulta pública ó á la visita de hospital de los principales especialistas residentes en un importante centro de poblacion, nacional ó extranjero, repartiendo el total tiempo en períodos bi- ó trimestrales, puede un jóven recién salido de las aulas adquirir aptitud y destreza bastantes para ocurrir con éxito á las variadas exigencias de la práctica ordinaria. Todo se reduce á considerar que el tiempo rebajado por la ley para la licenciatura, hay que invertirlo en estudios libres ó voluntarios de *Polyclínica meriátrica*. El licenciado ó doctor formado por este sistema resulta, no sólo un buen médico general, sino el mejor que los tiempos han visto, y es, ademas, muy estimado de los especialistas, porque en él hallan un discreto y celoso indicador de los casos extraordinarios trasferibles, y un competente auxiliar para la direccion de aquellos otros cuya trasferencia clínica resulta, por motivos de lugar y tiempo, de todo punto imposible. En cambio, el campo de la Pantiatria, cultivado de esta suerte, segun las nuevas exigencias, es el vivero de donde han de salir los mejores, digo mal, los únicos buenos y cabales meriattras; que no nace el buen especialista entrando de cadete, sino de soldado raso; ni se averigua la propia vocacion por las meras solicitudes de una aficion sentida, sino por la sujecion de las propias reales aptitudes al infalible reactivo de una general experimentacion de ellas. Oírle á un estudiante decir: «Pienso ser oculista», ó «Quiero ser frenópata», paréceme tan ridícula enormidad como la de aquellos niños que, llevados del espectáculo de una parada, resuelven de sopeton ser generales.

Ello es, que el tipo del médico de familia, del pantiatra ordinario de las colectividades, ni puede desaparecer ni puede persistir en su antigua forma, y en este conflicto, la solucion que acabo de exponer es tan natural como necesaria. Ley de razon y de experiencia es que el influjo de un determinado hecho obra

sobre todos los elementos contenidos en su radio de acción, produciendo en cada especie de elementos una forma peculiar de resultados. Aplicando esta ley natural á la revolución médica operada desde el Renacimiento, reconoceremos que meriattras y pantiatras han debido recibir un comun impulso y realizar cada cual una transformación según su naturaleza, y que, por lo tanto, donde se dan especialistas á la moderna, especialistas de precisión, no pueden subsistir los médicos generales á la antigua, ó diagnosticadores «á ojo de buen cubero». No: toda escuela debe hoy resolver esta disyuntiva: ó vivir con el siglo presente, ó con los pasados: si lo primero, de ella saldrán el meriatra y el pantiatra que en esta tesis describo; si lo segundo, no dará más que especialistas industriales y médicos de familia peligrosos.

Que España, aunque retrasada en todo, va en éste, como en otros particulares, por buen camino, merced á sus sensatas tradiciones, demuéstrole la calidad de los pantiatras y meriattras de primera nota que van apareciendo para gloria y esperanza de la Medicina patria, y en quienes contemplamos alianzadas, como en ninguna otra nación de Europa, la precisión y pericia de lo moderno, y aquel sentido clínico esencialmente integral, individual, que constituye lo perpetuamente verdadero y sano del hipocratismo. De la verdad de tal aserto puede este mi propio cuerpo ser materia de prueba. A un insigne especialista de legítima estofa debo yo humanamente la salvación de la vida, en un trance cuyo cúmulo de dificultades y contraindicaciones parecía insuperable, y que él abordó con éxito, porque donde otro quizás hubiera visto solamente un caso, él fué capaz de ver todo un enfermo. En la imposibilidad de nombrar á mi salvador, para rendirle aquí mismo un público testimonio de mi gratitud y admiración, pues me lo vedan exquisitos miramientos, os diré, á título de iniciales de su personal mérito, que posee en grado sumo, como médico general, el difícil arte de conocer al paciente, y que, como médico especial, domina el litotritor á tal punto, que sin el menor vejámen del organismo, no ya ningún cálculo, ni un mero grano de arena escapa bajo su mano á la rápida y certera acción del instrumento. Si llego á dar con quien sólo poseyera lo primero, mi muerte era cierta por lo extremo de mi situación: si

con quien sólo poseyera lo segundo, entónces, á despecho de la mayor correccion industrial de procedimientos, moría yo en el paso.

De que en este aserto la preocupacion nacida de causa propia no me lleva á exagerar, apelo al irrecusable testimonio de dos Académicos, amigos míos muy estimados, testigos y auxiliares del hecho; al insigne Juan Creus, que de reserva estaba, por si eran menester más extremas y cruentas apelaciones, y al ilustre Julian Calleja, que va á honrarme con su discurso de contestacion. Además de que ya hoy, merced á que llega un momento en que el mérito vence la más obstinada modestia, puede cualquiera conocer y admirar al aludido colega en el hospital donde, para honra del arte y bien de la humanidad, ejercita la clínica enseñanza.

Ved, pues, en resúmen: 1.º, cuán llana cosa resulta hoy día la formacion de buenos pantiatras para la ordinaria asistencia de colectividades; 2.º, hasta qué punto la Pantiatría constituye un estado profesional legítimo y necesario; y 3.º, cuán natural y útil es el que médico, ántes de especializarse, adquiera capacidad para el buen ejercicio de la Pantiatría.

Y vengamos ahora á la tercera pregunta, á saber: ¿Qué funcion desempeñarán los pantiatras espontáneos, en cuanto son capaces de alguna mision superior ó directriz?

Si admitís, señores, como de ello no puedo dudar, que para cosas superiores, hombres superiores, y para casos extraordinarios, hombres extraordinarios, tendremos desde luégo designados el puesto y el oficio de los pantiatras espontáneos. Por fuero natural ellos son los gerentes, los pilotos, los arquitectos, los rectores, en fin, del pensamiento fundamental y de la accion extraordinaria en Medicina. Esto han sido y son los pantiatras por aptitud y vocacion nativas, y esto serán de más á más y con mayor necesidad á medida que el antiguo arte de Esculapio se vaya convirtiendo en formal ciencia. Y es discreta precaucion de Naturaleza que sean pocos, pues lo superior y extraordinario no da, como ántes dije, ocupacion para muchos. Uno, dos ó tres médicos de tal

condicion en cada capital de primer órden bastan, al doble fin de mantener vivo el interés por los estudios superiores y asesorar á los demas colegas en aquellos casos en que, por lo intrincado é insólito del problema clínico, el espíritu analítico desfallece, y busca en la intuicion genial un rayo de luz que le guíe para dar con la solucion inútilmente esperada de las prolijidades inductivas. Casos se dan, y no pocos, en que dos ó más meriatras de la misma ó de diferente especialidad, ó pantiatras y meriatras reunidos han acudido á ese procedimiento de apelacion, y siempre con mayor ó menor fruto, bien por la solucion práctica inspirada, bien por las trascendentales reservas sugeridas por el pantiatra asesor; como asimismo acontece, aunque con menor frecuencia, que reunidos varios especialistas, sobre todo terapeutas, bajo la direccion de un pantiatra realmente digno de este nombre, han podido realizar curas inesperadas, en aquellos casos extraordinarios en que, como en las grandes batallas, han de jugar todas las armas, pero á condicion de sujetarse al mando absoluto de un solo general en jefe.

Tal es el tipo y tal la mision del pantiatra genial, conocido ya de la sociedad antigua con el dictado de médico de consulta.

Veis, pues, señores, cómo en Medicina hay ocupacion proporcionada á toda clase de aptitudes, y hasta qué punto su ejercicio se acomoda al principio orgánico de la division del trabajo, tal y como en su lugar lo expuse.

Y resultando probado esto, veamos ahora, como contestacion á la cuarta pregunta, qué nexos servirán de enlace entre estas diversas categorías profesionales.

El primero y más fundamental de los nexos es, segun dejo indicado, la unidad, ó conformidad universal de principios entre todos los médicos. Si convenís conmigo en lo de ser una calamidad el que, para un mismo caso de una ciencia dada, cada profesor de ella tenga distinta opinion, y reconoceis que miéntras esto suceda, la tal ciencia dada, está por dar, ya que en materia profesional la unidad de juicios y procedimientos sólo puede nacer de la unidad y conformidad de principios, ó sea, de la ciencia for-

malmente constituida; si en esto, repito, nos hallamos, como debo presumir, conformes, me librais de la enojosa tarea de repetir en esta solemnidad todo cuanto en otros lugares, donde la prolijidad no es impertinencia, he debido ámplia y cumplidamente exponer acerca de las necesidades teoréticas de la Medicina y de los medios de satisfacerlas. Tan viciados suelen andar hoy en esto los ánimos, que apénas nadie distingue entre *Principios racionales* y *Leyes empíricas* ó deducidas de la experiencia, y así todo el mundo aguarda á que los *principios* de la Medicina sean hallados *al fin* de la vía experimental, lo cual es tan insensato como esperar de la cúpula la cimentacion del edificio. De otra parte, tiene en Medicina tan secular arraigo el hábito de la discordia, que á muchos parecería caer en grave desprestigio personal si en algunas de esas consultas á puerta abierta, tan funestas á los enfermos como al decoro del Arte, se reducía á contestar á su prelocutor: «Lo mismo opino»: todo por no reparar que esta conformidad es precisamente el *summum*, aunque por desgracia no sea el *desideratum* del estado científico y, por tanto, de la utilidad de la Ciencia y de la consideracion de aquellos que la profesan. Así se ha hecho respetar la Física, así la Química en las edades modernas, así de antiguo la Matemática, por el logro de de esa universal *monotonía* de principios, razones y consecuencias. Si algo hay que lamentar por parte de todos, y con razon, es la mayor resistencia que los problemas biológicos ofrecen al humano empeño de resolverlos. Sin embargo, nótese que esa gran resistencia la oponen los problemas biológicos *segundos*, ó de solucion empírica, no el primero ó fundamental, de suyo tan claro y llano como los respectivos de las ciencias precitadas y de todas cuantas descansan ya sobre firme y perpétuo fundamento.

Y no insisto en esto, con ser tan capital, más de lo preciso, por ser notorios mis precedentes y mis actuales esfuerzos en esta direccion salvadora.

Debajo de este nexo universal del pensamiento entre todos los médicos del orbe, conviene establecer otros dos, que no por más modestos son ménos necesarios.

Uno de ellos es la publicacion de trabajos que llamaré de

Meriatria integrante, ó de relacion de una especialidad dada con otra ú otras; suerte de opúsculos que ya los rigores de la necesidad van inspirando á alguno que otro distinguido especialista de España y del extranjero, en fuerza de reconocer cuán temerario es soñar con la absoluta autonomía de cada especialidad médica. La utilidad de esta clase de trabajos, para preparar el concierto entre dos ó más meriattras de diverso orden, es incalculable.

Otro nexo de importancia suma y grande urgencia es la composicion y edicion económica de verdaderos *Breviarios clínicos* de las diversas especialidades, compuestos por los hombres más expertos de cada una de éstas, y donde, con toda la concision compatible con la claridad, pudieran todos los prácticos, así *meriattras* como *pantiattras*, y muy señaladamente los médicos de partidos rurales (entre los cuales los hay de una aplicacion y un fervor científico verdaderamente heroicos), hallar la quinta esencia de lo nuevo, cierto y útil en aquel particular ramo de la práctica. La utilidad de tales opúsculos para que todo médico, general ó especial, pueda mantenerse al corriente de aquellos particulares conocimientos en que de ordinario no se ocupa, pero con los cuales, á la hora ménos pensada, podrá tener que ver por obligacion ineludible; esta utilidad, que da por conjunto resultado mantener á toda la clase médica bien impuesta en toda la enciclopedia de las especialidades, sin gran dispendio de tiempo, atencion y dinero, paréceme superior á todo encarecimiento.

En suma: para lograr de los progresos materiales alcanzados y de los que en adelante se alcancen en cada particular ramo profesional, la mayor suma de beneficios que así las gentes como los médicos anhelan obtener, es necesaria, urgente, la intervencion de estos tres medios *conectivos*: 1.º, unidad de *doctrina fundamental*; 2.º, trabajos de *Meriatria integrante*, y 3.º, *Breviarios clínicos especiales*.

Ahora, contestadas satisfactoriamente las cuatro primeras preguntas, muy breve puedo ser en mi respuesta á la quinta y última.

La mitad del cometido que al médico de familia y arquetipo del pantiatra de las colectividades sociales toca desempeñar,

queda ya suficientemente explicada. Concluida su carrera por la iniciación clínica en las diversas especialidades, dejarle que él, allá en su conciencia, dirija su conducta. Por punto general, en toda profesión cada cual se estima por el trabajo que se ha costado á sí mismo, y cada cual se conduce según se estima. Dejadle, pues, al médico de familia, en la seguridad de que todo cuanto bien, según ántes dije, puede hacer, entenderá que debe hacerlo.

La otra mitad del cometido de un buen médico de familia la completan los cuidados fisiológicos é higiénicos. Hoy día la generalidad de los jefes de hogar no se acuerdan de Santa Bárbara, como suele decirse, sino cuando truena, y aunque ésta es flaqueza tradicional, mucho, sin embargo, ha ido perdiendo en este concepto el cuidado de las familias, al compás que la autoridad del médico se ha ido debilitando con la incesante y las más veces irreflexiva suplantación de un médico por otro, sin más razón ni fundamento que el capricho, la moda ó el sonsonete de una recomendación oficiosa. Yo recuerdo — á pesar de que el siglo me lleva más de veintiocho años de ventaja — aquel antiguo *médico de la casa*, que florecía en las más principales ciudades, y que, honrado con razonable igualdad, según la categoría y caudal de las familias, gozaba la facultad y hasta se creaba la obligación de visitar en salud á sus clientes, interviniendo como asesor, y áun censor y todo, las costumbres íntimas del hogar; ahora previniendo grandes males, por aquello de *si vis pacem para bellum*; ahora ayudando material y moralmente á conllevar crónicos obstinados achaques. Y no tan sólo recuerdo aquellos tiempos relativamente lejanos de mi mocedad, sino que yo mismo me honro con haber sido, en la reducida esfera de mi personal influencia, celosísimo mantenedor de tan loables tradiciones. Bien sabeis, cuantos mi edad alcanzais ó superais, que las tradiciones á que me refiero no eran usanzas peculiares de tal ó cual comarca, sino universales, y muy acentuadas, por cierto, en esta culta villa de Madrid, donde, por ser córte del reino, la tendencia de las gentes llanas á imitar las costumbres de la aristocracia, mantenía en mayor auge y prestigio que en otras ciudades esa como institución del *médico de la casa*.

Pues bien: la propia experiencia me mueve y autoriza á afirmar que la restauracion de ese tipo profesional, con sujecion estricta á las condiciones evolutivas que en este Discurso dejo señaladas, ha de proporcionar á las familias una grande economía en males, duelos y caudal, y ha de facilitar ademas, de un modo visible, el movimiento y desarrollo profesional de las especialidades. Mediten acerca de esto los mismos especialistas, y verán que, en el ánimo de las gentes, tanto más definidos y caracterizados aparecerán ellos cuanto más caracterizados y definidos, en su competencia y funciones, aparezcan los médicos no especialistas.

A este propósito, y para concluir dejando marcada con indeleble trazo la distincion clínica entre los alcances del meriatra y los del pantiatra en la apreciacion de los hechos individuales, objeto real y vivo de nuestra profesion, permitidme os cite una frase que, siendo yo estudiante, recogí del eminente catedrático que fué del Colegio de Medicina de Barcelona, Dr. D. Wenceslao Picas, uno de los hombres de más poderoso, levantado y certero espíritu que en nuestro arte he conocido, y en cuyas profundas lecciones centelleaba siempre la genialidad más luminosa. Fué el caso que, hallándome un día, como ayudante, en su particular consulta, tocóle el turno á un señoron de algo más caudal que entendimiento; el cual, cansado de padecer cierto achaque de la vista, que de antiguo nuestro experto clínico le iba combatiendo y mejorando con gran conocimiento y pulso, y habiendo cedido un día á la tentacion de llegarse á París en busca de más prontas y radicales ventajas, volvía de su excursion hecho, como suele decirse, una lástima. Breve fué el introito, porque mi maestro solía hablar muy ceñido, y como á la pregunta de — «¿Qué es eso? ¿Qué diablos ha hecho Ud.?» contestara el cliente:— «Hallándome en París para negocios, no pude resistir la tentacion de consultar al gran oculista M. Desmarres», replicóle Picas incontinenti:— «Siento el fracaso, mas no lo extraño; porque, mire usted: en males de ojos, M. Desmarres entiende mucho más que yo; pero de este mal que tiene Ud. en los ojos, entiendo yo mucho más que M. Desmarres.»

No cabe condensar en ménos ni mejores términos la expresion

diferencial de la índole de los buenos servicios que la Meriatria y la Pantiatra pueden respectivamente prestar á la humanidad doliente.

Y quede con esto acabada mi tarea, ya que no alcanzaba á más mi intencion, que fué, segun al principio os dije, cumplir con los fines particulares de la Seccion, dentro de los generales de esta Real Academia.

Quizá no habré satisfecho vuestros deseos; si bien presumo y confío que la misma benevolencia que empleasteis conmigo al elegirme, aplicareisla hoy al juicio de mi obra. Por mi parte, lo único que acerca de ésta puedo aseguraros es que, ó mi razon nació contrahecha, y condenada, por tanto, á errar en toda cosa, ó cuanto os dije es verdad, pero verdad en sí, real, incontrovertible; verdad de cuyo reconocimiento pende la acertada conducta así de los médicos como de las gentes, en los asuntos de nuestra ardua profesion.

Bajo un régimen liberal, bajo ese régimen tan antipático á quien ama sus propios defectos, como simpático á quien anhela conocerlos para corregírselos, la Medicina no puede ni debe creerse asistida de verdaderas y seguras condiciones de prestigio mientras vea y oiga todo aquello que por ya relatado no he de repetir, y contra lo cual debe de buscar remedio, no en extraño auxilio, sino en su propia virtud. El panspermismo se extiende á regiones no conocidas, ni siquiera barruntadas por los bacteriólogos; se extiende á las regiones sociales. En éstas hay, como en las orgánicas, sus *coccus* y sus *bacillus* que exhalan tóxicas *ptomainas*; y contra las enfermedades producidas por tan dañinos seres, nunca, ni en lo orgánico ni en lo social, será remedio práctico la muerte directa del agresor, sino la indirecta por vigorizacion del agredido: que no acabaron ni la Astronomía con los astrólogos, ni la Física con los nigrománticos, ni la Química con los alquimistas mediante el auxilio de la policía ó del juez de guardia, sino robusteciéndose como formales ciencias.

Y no se repita que para realizar esta solucion nos falta aún mucho que descubrir é inventar, pues á esto habré de redargüir

lo que en otro lugar dije, y es, que para la actual anarquía del pensamiento médico, los hechos, los datos, los inventos, el material, en fin, léjos de escasear, abunda, y áun estoy por decir que sobra, segun trae perplejos y confusos los ánimos á la hora de tomar determinacion; pues no consiste la sabiduría en la cantidad del conocimiento, sino en la sana forma del discurso; como en general la riqueza (de quien el saber constituye un caso particular y óptimo) no se funda en la cuantía de lo acaudalado, sino en la discreta administracion de lo adquirido.

Tan profunda es, señores, en mí esta conviccion, que, á poder yo trasfundir á todo el mundo el espíritu de este Discurso, quedárame seguro de haber por su virtud prevenido muchos, muchísimos males, y salvado muchas, incontables vidas.

Mas, si en mí estuvo el escribirlo, no está en mí el aprovecharlo.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL SEÑOR

D. JULIAN CALLEJA

Académico numerario

EN CONTESTACION AL ANTERIOR

SEÑORES ACADÉMICOS:

Sin esfuerzo puedo confesar públicamente la gratísima satisfacción que experimento ocupando este puesto de honor, algunas veces, como ahora, envidiable; pues con todas sus espinas, amarguras y dificultades, ¡es tan honroso llevar la representación de una archidoceta Academia, para dar la bienvenida á un archidocto Académico electo, que se apresta á ocupar silla honrada ántes por sabios varones, llegando aparejado de armas tan bien templadas y animado de espíritu tan fuerte, tan inteligente y tan amable! ¡Es tan honroso, vuelvo á decir, que en la lucha sostenida de seguro dentro del alma, sin apercibirse mi conciencia, entre mis buenos sentimientos de prudencia y de modestia y los malos de vanidad y de audacia, han salido con facilidad victoriosos estos últimos, proporcionándome un verdadero placer que no rehusó, y que sólo enturbia vehemente temor de no representaros dignamente!

Añadid además, para comprender con precisión matemática mi estado, el sentimiento de purísima y verdadera amistad, nunca entibiada, que me une al que todavía estais aplaudiendo y admirando, y de ese modo todo lo entenderéis, y hasta habreis de explicaros sin trabajo el por qué se asemejan tanto nuestras afirmaciones, nuestras dudas y nuestras esperanzas.

Buena ocasion sería ésta para que yo, á guisa de historiador fiel é imparcial, dijera lo que fué y lo que es el Dr. Letamendi;

y que como crítico, pues para este particular caso poseo un tesoro de datos, anunciara lo que debiera ser su porvenir; ó bien que, engolfado en el campo de la Filosofía, discurriera acerca de lo que es el Genio, siquiera fuese estimándole como un reflejo del Eterno Verbo, encarnado en mísero cuerpo de más míseras partículas, para iluminar los senderos que debe llevar la Humanidad, con el objeto de disminuir los muchos extravíos que en ellos sufre.

Pero ni las franquezas que gastamos él y yo lo permiten, ni está bien tanta gallardía á los que metafórica é hiperbólicamente pudiera yo mismo calificar de vuelos de mi inteligencia, ni aportaría á vosotros una sola noticia capaz de aumentar en un quilate el justo y favorable juicio que, tanto de los que me oís, como de la opinion entera, mereció ya nuestro nuevo compañero.

No extrañéis, pues, mi silencio en este punto; omito intencionadamente todo cuanto á sus triunfos se refiere; por más que fuérame facilísimo probar que su vida entera es bizarro y desenfadado argumento de excepcional inteligencia; y aún podría agregar que es demostracion irrefutable de la tesis que acaba de leer; á tal punto, que por mi parte entiendo, aunque resulte inesperada descortesía, que no merece un solo aplauso por haber aquí levantado bandera contra las Especialidades médicas libres; pues al hacerlo así, no fué por eleccion reflexiva y meritoria de un tema oportuno, levantado y útil; lo fué por impulso fatal de su propia naturaleza, sin que se haya dado de tal cosa cuenta cabal.

Y si no, decidme: quien ha recogido lauros como médico, como cirujano, como anatómico, como operador, como catedrático, como filólogo, como orador, como discutidor, como polemista, como político, como músico, como pintor, como fotógrafo, como periodista, como escritor, como filósofo... ¿será posible que defienda las especialidades en cosa alguna? ¿Podrá impedir, cuando abra su alma á un amigo ó á una Corporacion, el brote impetuoso de uno ó muchos temas, tan cercanos á ideas sintéticas, como distantes de cualquier fraccionamiento? ¿Podrá, quien tiene por costumbre y hasta por necesidad de su poderoso y fuerte espíritu el comprender las totalidades como enteros y perfectos organismos, abandonarlas y subordinarlas á porciones, privándose de describir los encantos de la unidad y de la armonía de la Creacion,

cuando es ésta la verdadera mision encomendada en este valle de lágrimas, por Quien pudo hacerlo, á todas las almas de su temple?

Sea, pues, bien venido el nuevo Académico, para dar á esta ilustre Corporacion tan sustanciosos, y sinceros, y útiles, y trascendentales frutos, conforme acaba de verificarlo leyendo su carta-credencial para acreditarse entre nosotros ¡como si ya no lo estuviera! de docto, y conquistarse, como lo ha conseguido, sin pretenderlo, el merecido título de sincero, de veraz, de franco, de sencillo y sin doblez.

Con estos preliminares, cuyo atavío y desaliñado ropaje esconde la mejor voluntad de que puedo disponer, entro á cumplir el deber preferentemente académico, haciéndome cargo del discretísimo trabajo leído, merecedor en justicia del honroso dictado de discurso; porque es tan razonable en todas sus partes, que no hay una sola sin pregonar su directa descendencia de la buena facultad de discurrir que se llama razon humana.

*
* *

Presumo, al formular estos primeros juicios, de no andar descaminado, sin que por esto crea ser perspicuo, estimando como quinta esencia de las muchas verdades que hemos oido, el que es por demas peligroso para nuestra ciencia y para la sociedad dar á las especialidades médicas cédula de definitivo estado profesional perfecto; siendo, por el contrario, consolador, progresivo y beneficioso sostener, con la integridad de la ciencia médica, aquellas encarnaciones de ellas que unas veces en forma de médico de familia, y otras como médico de consulta, han sido y han de ser en todo tiempo amparo y consuelo de familias atribuladas y Arca de la Alianza para salvar de todo naufragio á la ciencia verdadera y al arte legítimo.

En este concepto, conforme de todo en todo con mis antiguas y actuales convicciones, llenaré brevemente mi cometido, fundando la demostracion de tal tesis en la *unidad de la ciencia médica*, basada á su vez en la *unidad del organismo humano*; y

despues determinaré hasta donde considere conveniente *el valor* que deben merecer las especialidades, sin olvidar *las ventajas* que pueden producir cuando se aplican bien, así como *sus inconvenientes* y *perjuicios* estando mal comprendidas y, por tanto, mal practicadas.

Si no perseverase en el propósito que formé de contestar con sencillez al eximio disertante, daría principio recordando estas hermosas palabras de Bacon: «La Ciencia es poder»; para que con tal recuerdo entendieran todos, y con especialidad mis colegas, que por la ley de division del trabajo estamos declarados herederos forzosos de una fraccion no despreciable de ese poder, de la anexa á la ciencia médica, cuya conservacion íntegra debemos procurar fiel y honradamente, para trasmitirla á nuestros sucesores, ya que no sea mejorada, por lo ménos sin merma ni menoscabo.

Pero no intento demostrar la unidad científica de la Medicina, caminando por alturas que me desvanezcan, ni ahondando abismos que mi escasa vista no pueda penetrar. Sería torpe conducta convertiros en espectadores de un nuevo Tántalo, muerto de hambre y de sed, con mayor razon que el de la fábula, pues sin un dios Júpiter que me atara al árbol de exquisitos y abundantes frutos, yo por propia voluntad resultaría oprimido, estrechado é impedido de moverme con la libertad y desembarazo para todos provechosos y mayormente para mí.

Ni hace falta que aporte en testimonio de mis afirmaciones las fantásticas teogonías de la antigüedad, ni sus contemporáneos sistemas de filosofía, verdaderas enciclopedias en bruto, porque pasado aquel primer período de la Historia, en que todos los enigmas del entendimiento estaban confundidos en un solo problema, que constituía la Ciencia en general, ha llegado el período de diferenciacion á todos los conocimientos humanos. Estamos en plena dominacion de los analíticos, adivinados por el mismo Sócrates; los cuales quizás han alcanzado mayor poder que todo el que pudiera imaginar para ellos este sabio. Y puesto que la division de las ciencias es un hecho, sirviendo cada una para conocer de un conjunto de hechos y fenómenos bien relacionados, es decir, relacionados con verdad y sin artificio; y hallándose privilegiada en cierto modo la Medicina, bajo este aspecto, puesto que

el sujeto de su estudio es tan natural y verdadero, como indiscomponible; yo pretendo, segun ántes he anunciado, demostrar con llaneza y sin aparato la unidad de la Medicina, estudiando someramente la unidad de su sujeto, que es el organismo humano.

Piensen como tengan por conveniente los más independientes, libres y desenfadados de nuestros colegas, la ciencia médica no está ni ha estado emancipada jamás de la ciencia madre, ó sea de la Filosofía. Por doquiera resulta atestiguada su filiacion, demostrando el origen que le hace hermana de todas las demas ciencias; y en todos tiempos se repite el hecho histórico de recibir el influjo de las doctrinas filosóficas que en cada época gozan del favor y del prestigio de la opinion.

Con estos dos hechos de pura evidencia, á fuerza de ser de observacion perpétua, hay bastante para ver como verdad clarísima el que la ciencia médica es rama que contribuye á la composicion del frondoso árbol del saber humano, cuyo tronco comun la alimenta como á las otras, haciéndola sentir sus propias conmociones y todas sus vicisitudes de trascendencia.

Y como el conocer la vida, la salud, la enfermedad, las causas que engendran y determinan ésta, las que sostienen y conservan aquélla, los recursos y agentes que son aplicables como remedios, y todo cuanto, ya tangible, ó ya impalpable, pueda influir sobre la vida para conservarla, para alterarla y para destruirla, son los misterios y problemas reservados en calidad de tarea peculiar al médico. Y como todas las acciones que representan los estados y las energías mencionados tienen un solo teatro donde realizarse, un solo sujeto para tomar forma y cuerpo. Y como ese teatro y ese sujeto son el organismo humano, tipo perfecto de unidad: motivo y razon hay para exigir que sea una misma ciencia la encargada de estudiarle en su constitucion, en sus propiedades, en sus evoluciones, en sus perturbaciones y sufrimientos, en su misma destruccion; motivo y razon existen para negar el título de médico á quien no abrace íntegramente en su estudio y meditacion á esa totalidad; y mayor necesidad se siente todavía de impedir que profane con su contacto una porcion cualquiera de tan admirable conjunto, quien desconociéndole,

ignora el cómo y el cuánto de los lazos que unen á todas las partes entre sí y sus relaciones con el mundo externo.

De tal manera sucede esto, que, aunque fuera posible, sería inútil á los analíticos defender la individualidad de cualquier órgano, por más que se fundaran para ello en la construcción sistematizada de todas sus fracciones, en lo privativo de algunas propiedades, en la especialidad de sus evoluciones, en lo peculiar que hay en sus trastornos materiales y dinámicos, y en el modo de ser característico que ofrezca, en cuanto constituye la esencia y manifestaciones de su propia vida; pues ese órgano, con poseer tales condiciones de aparente independencia, está destinado al fin y servicio comunes, lo mismo que todos los demás; y para esto vive asociado á ellos, colocándose en el lugar y sitio convenientes, á propósito para desempeñar con facilidad el oficio que le fué encomendado y contribuir á la armonía admirable que resplandece en la vida entera de cada persona; armonía sentida y conocida en sí misma por la calma, paz y tranquilidad con que máquina tan complicadísima pone en movimiento todas sus ruedas sin molestias, ni incomodidades, ni rozamientos de unas con otras; sin inquietud, fatiga ni daño de ellas, y, lo que importa más, sin dolor, desazon ni quebranto del dueño y director del mecanismo, que realiza, merced á tanta concordia, el cumplimiento de su misión terrenal; sosteniendo la salud del cuerpo, concurriendo á la perfección de la sociedad que resulta de su propia cultura, y preparándose así para disfrutar de la dulzura que al hombre, y sólo al hombre, están reservadas en la mansión eterna.

De modo que ese órgano, al parecer independiente, no lo es para ninguno de sus fines esenciales, ni siquiera para las condiciones de la propia existencia. Su vida está consagrada al servicio común; su material nacimiento y desarrollo dependen de sustancias formadas en otros orígenes y de energías que no le son privativas; la misma nutrición le alcanza que á los demás órganos, por el incesante y rápido correr del líquido nutricio común, de la sangre, que circula para repartirse equitativamente en todas las partes y tejidos del cuerpo; sus mismas propiedades vitales se despiertan, gracias al influjo de un solo sistema nervioso, el cual, aunque encierre todavía más misterios que las fuerzas cono-

cidas del mundo físico, es indudable y evidente que sirve para unir y enlazar á todos los órganos, constituyendo el delicado, preciso y completo instrumento destinado como medio ó como órgano al alma, para hablar su riquísimo lenguaje.

Es decir, que el organismo consta de muchos órganos, en cada uno de los cuales se asocian providencialmente gran número de elementos de construcción, que les permiten desempeñar su respectivo papel en el drama humano; cuya distribución se completa y perfecciona, arreglándose y ordenándose los mismos órganos en series que realizan las funciones de la vida, con influencias mutuas de tal índole, que ni una sola de esas series puede emanciparse sin caer en suicidio inmediato, ni todas ellas dejan de ser igualmente necesarias para que se cumplan los fines de la vida humana.

Con tales conexiones entre las partes organizadas del mismo cuerpo, no sorprenderá la solidaridad que brilla en ellas, resultando por todo extremo natural el que todas sean responsables de los actos de cada una, y el que cada una sea ayuda y auxiliar de las demás cuando lo han de menester, hasta el punto de que en el mundo real se vea á diario que la perturbación de cualquiera de ellas da motivo, no á sencillo alboroto é inquietud de las inmediatas que forman su vecindad ó region, sino á verdadera conflagración y trastorno de todo el cuerpo y de más allá.

Y como el cambio continuo de influencias materiales entre partes del mismo todo ha de dar el resultado natural del hábito y del medio ambiente respirado, se crea para las mismas partes á modo de una consustancialidad ó inseparabilidad que hace del organismo el tipo perfecto de la union y conformidad correspondientes á un todo. De donde resulta claro é indiscutible que la ciencia consagrada á conocer esa totalidad tan maravillosa, en donde actúan vida, salud y enfermedad, no puede sufrir divisiones ni fraccionamientos esenciales; por necesidad lógica ha de ser tan entera y única como lo sea el sujeto de su observación, como lo sea el mismo organismo humano.

Por esto, con grande acierto y trascendental fortuna, el sabio Dr. Picas contestó á su cliente: «que él conocía mejor que el

eminente especialista francés aquel mal que padecían sus ojos.» Y tuvo razon para hablar así, porque es la verdad pura, que si la humanidad se expresa realmente sólo por individuos y cada uno *es como es*, resultando aquella palabra mera abstraccion; del mismo modo, las enfermedades no se ofrecen en la realidad como especie, sino precisamente como individuos, lo cual da lugar á que en puridad se pueda afirmar que en la naturaleza no existen males de ojos, ni siquiera males de ojos de los niños, de los hombres ó de las mujeres, sino que sólo hay males de los ojos de Pedro, de Juan ó de Antonio; cuya característica, especialidad ó peculiaridad consiste en tener *algo* que diferencia en cada individuo á los males de sus ojos de los de todas las demas personas, lo que es precisamente el *algo* propio que enlaza, reúne, asocia y consustancia á los ojos enfermos del paciente con todas las restantes partes del mismo; *algo* que, siendo tan admirable por su diversidad, como atractivo y consolador, porque contribuye á fundar la personalidad, no puede por ménos de exigir para su completo conocimiento el estudio indivisible de la ciencia médica completa.

Pero con ser tan clara y tan antigua esta verdad, no lo es ménos la deficiencia del entendimiento de cada hombre para abarcar el conjunto y detalles del vasto territorio de la Medicina, aunque de él se descarten los importantísimos problemas de las ciencias auxiliares, algunos de los cuales le interesan en sumo grado; y aunque tampoco entren en cuenta otras muchas cuestiones de que la ciencia médica no ha tomado todavía pacífica posesion, por más que esté entablada la demanda contenciosa y haya fundadas esperanzas de triunfo, segun se muestra la opinion y segun los adelantos y descubrimientos diarios van aumentando las relaciones de tales problemas con los que componen nuestro indiscutible é indisputable caudal científico.

No, no existe capacidad bastante en la ordinaria inteligencia para llegar á conocer todo lo que de la Medicina se sabe. La division del trabajo, impuesta por la dura ley de la necesidad á las demas ciencias, al Arte, á la Industria y á todo cuanto el pensamiento humano produce, se impone igualmente á los médicos. La grandeza del organismo humano y de sus infinitas relaciones

con lo creado no se puede adaptar á lo finito y limitado de la comprension del comun de las gentes.

Este hecho tan grave y trascendental no es, por cierto y por verdad, invencible rémora del progreso, pues encuéntrase compensado con la division del trabajo, que hace fructíferas á todas las inteligencias.

De tal modo, que, si no temiera incurrir en delito de lesa filosofía, diría, ateniéndome sólo á los datos históricos, que el verdadero progreso es causado más bien por el género comun, que no por esos seres privilegiados y excepcionales: ¡han sido tan raros en nuestra ciencia los Galenos, los Vesalios y los Bichat!

No me censureis, mas ya que dejé escapar tan audaz afirmacion, excediéndome del respeto que reclama el culto de lo grande y de cuanto exige la austeridad más pequeña, reclamo humildemente perdon. Quizás sea el motivo de mi falta la singular satisfaccion y contento que experimento contemplando esta admirable Creacion, donde todas las inteligencias, grandes y pequeñas, tienen su destino; donde el débil cumple su mision como el poderoso; donde, realizando la obra del Omnipotente, todos concurrimos á la perfectibilidad que es predestinacion humana. Os equivocais si fuera interpretada mi falta como inmoderada acometida, inspirada por soberbia ó por emulacion; pues que, hablando con toda pureza y veracidad, puedo confesar que vivo contento y agradecido de todo á Dios, no habiendo sentido jamás, por fortuna, aquella tristeza del bien ajeno y pesar de la felicidad de otro, que á mi parecer, ha ocasionado mucho daño á nuestra amada patria. Por el contrario, soy admirador del genio donde quiera que aparezca, y creo en conciencia que él solo influye para salvar las grandes crisis de la Humanidad, como más verdadero reflejo de la Omnisciencia divina.

Basta de digresion. Lo que importa dejar sentado es el hecho de que en la ciencia médica ha ocurrido lo mismo que en las demas; no fué posible conservar la enciclopedia. Pasado el período de su formacion, fué dividida en secciones, agrupándose en cada una los hechos y fenómenos mejor relacionados, y de este modo natural se logró aislar ó simplificar los objetos sometidos á observacion, dando lugar así á que pudiera aplicarse con mayor

intensidad la atención y se llegara á conocimientos más exactos y cumplidos. Es decir, que ha sido usado el mismo procedimiento que aconsejan los economistas para favorecer el progreso de la Industria, á pesar de ser ésta esencialmente distinta de la Ciencia.

*
* *

En vista de esto, nada de extraño es que desde tiempos antiguos los médicos se hayan diferenciado durante muchos siglos de los cirujanos; y que más tarde se crearan gran número de especialidades, las cuales á la vez han sufrido singulares vicisitudes, módificándose algunas bajo el imperio de la moda, agostándose otras ántes de florecer, y disminuyendo ó aumentando su suma total conforme lo han determinado multitud de causas, algunas de dudosa legitimidad. Pero al cabo resulta, que hoy mismo puede formarse con las existentes una lista fatigosa, contando las más ó ménos justificadas y las peor ó mejor recibidas por la pública opinión. En efecto, ahora se tienen como especialistas los ginecólogos, los comadrones, los oculistas, los dermatólogos, los hidrologistas, los alienistas, los ortopédicos y los patólogos que se ocupan particularmente de las vías urinarias, de los niños, de los oídos, de la laringe, de los nervios y de ciertas enfermedades específicas.

Con poca meditacion se comprende desde luégo que cuando á pesar de la unidad de la ciencia médica y del organismo humano subsisten á traves de los siglos, y subsisten con asentimiento de la generalidad de las gentes, ciertas especialidades, es indudable que tal modo de ser social, aunque no pueda pasar de accidental, encierra en sí algo bueno, ó por los ménos proporciona ventajas á cuya sombra se sostiene.

Y es que cuenta á su favor dos resultados positivos de grande trascendencia; uno relacionado con la Ciencia, de interes casi exclusivo de los médicos; el otro referente al Arte, que toca más de cerca á la sociedad.

El primero es efecto de la perfeccion y progreso que reporta

la division del trabajo. Sería poco acertado desconocer el grande adelanto que la ciencia médica debe á las innumerables monografias con que los más sabios especialistas han enriquecido nuestra literatura, y la luz que han derramado sobre problemas y cuestiones que sin ellos estarían aún en las tinieblas. ¿Quién ha de negar los inmensos servicios prestados por Esquirol respecto del conocimiento de las enfermedades mentales, ó por Alibert sobre las dermatosis, ó por Desmarres sobre la Oculística, ó por Hunter acerca de las enfermedades venéreas? ¿Quién pondrá en duda que la division del trabajo favorece el de los médicos, los cuales, pudiendo consagrar todas sus facultades á objetos ménos extensos, conseguirán profundizar más sus investigaciones? ¿Quién puede desconocer que el éxito de muchos especialistas les ha conquistado lauros y provechos, convertidos en poderoso estímulo para hacerles perseverar en sus estudios, con inmensas ventajas del progreso científico?

El segundo beneficio reportado por las especialidades consiste en la expedicion, en la facilidad, en la destreza, en la seguridad, en una palabra, en la perfeccion que adquiere el especialista para aplicar la parte artística del conocimiento médico, sobre todo cuando es manual. Ventaja es ésta contra la cual nunca valdrán los discursos, las sátiras ni todos los más arrebatados y desordenados ditirambos, y contra la que se estrellarán los Aristarcos más austeros é imparciales. El vulgo busca, con razon, el éxito, y la sociedad, por egoismo, bien justificado por cierto en estos casos, premia con largueza la positiva utilidad que ella sólo recoge y ella sola disfruta. ¡Para qué averiguar la ciencia de los Collot, los Follet y los Girault, si ellos salvaban á los calculosos con su litotomo, cuando estos mismos enfermos no encontraban otros recursos salvadores en manos de los más sabios y acreditados cirujanos!

Por consecuencia, existiendo especialidades médicas porque la extension de la Medicina las reclama; porque sólo diferenciando se cumple la ley del progreso y se da á cada cosa su correspondiente y legítimo valor; porque el Arte adelanta y se hace más seguro, y porque la sociedad las protege, no hay que pensar en hostilizarlas para procurar su debilitacion y destruccion. Lo que

corresponde á los médicos previsores es determinar claramente el concepto que merecen, fijar bien los estudios que han de servirles de fundamento y señalar los perjuicios que puedan acarrear á la Ciencia y á la sociedad cuando no se poseen ni se practican de una manera justa y cumplida.

Precisamente, esto he procurado realizar, demostrando en las páginas precedentes, que siendo el organismo humano indivisible, necesita el especialista conocerle todo, entendiendo por este todo, el material organismo y cuanto con él se relaciona.

Pero mejor que yo, con más fortuna, como era natural, el nuevo Académico ha trazado en su acertadísima definicion de especialidad, todo cuanto es posible apeteer para resolver la cuestion planteada; con ella ha creado y desenvuelto una doctrina completa; verdadera, bajo el aspecto científico, y segura, en la jurisdiccion del Arte.

Efectivamente, el especialista perito é instruido es el que sabe y puede aplicar toda la Medicina al órden particular de su práctica. La única especialidad que cumplirá la ley del progreso es la que resuelva sus problemas, conociendo los fundamentos que tienen y aplicando con severidad las reglas de la lógica; cuyo resultado se puede obtener solamente en estos pleitos, que se refieren á fracciones del organismo, habiendo aprendido ántes á conocer todas las conexiones de esas partes entre sí, y de ellas con el todo; ó, lo que lo mismo, conociendo ántes y en conjunto la Medicina entera.

Todavía pudiera añadir, sin merma del mérito contraido por mi querido amigo, que toda la doctrina de su definicion está encerrada en el hermoso símbolo de *Sus'ruta*, cuando considera al médico que no es cirujano, como á pájaro que tiene cortada una ala. Por cierto, símbolo que si fuera aplicado exactamente á algunos especialistas modernos, no nos permitiría adivinar con facilidad á qué grado de reduccion llegaría el pájaro; por supuesto que aludo á los que creen posible ejercer el arte médico, referente á un órgano, con separacion total de la que suelen llamar Medicina general.

Y aún me importa consignar con especialísimo interes, que este mismo concepto y significacion de las especialidades es el

que establece en su preámbulo el real decreto de 16 de Enero de 1884; cuyo documento, aunque no constituye el estado legal de nuestra enseñanza médica actual, contiene todos sus principios y casi todas sus reglas. Hé aquí lo que dice esta real disposición: «Pero la enseñanza oficial, aunque las presta merecida consideración, no debe multiplicar las especialidades, dando ocasión á perjuicios graves y quizás á retroceso científico, si los llamados especialistas, engolfados en su particularismo, olvidaran que la Medicina es un solo organismo científico indescomponible, cuyos principios y reglas podrán aplicarse á cualquier orden de datos ó de casos prácticos similares, pero nada más.»

En definitiva, lo que no sea entender las especialidades como acabo de decir, acarreará perjuicios seguros á la Ciencia y dejará entregada la sociedad, sin garantía ni defensa, á merced de una nueva clase de industriales.

La Historia consigna y lamenta con sobrada razón las graves consecuencias que tuvieron las rivalidades y luchas sostenidas durante algunos siglos entre los médicos y los cirujanos, terminadas ya por fortuna, con grandísimas ventajas del progreso científico. La misma Historia consignará, ciertamente, el daño que han de ocasionar todavía las especialidades modernas si su cultivo y su práctica no corre á cuenta de sabios y prudentes médicos. De ellas es principalmente la responsabilidad del espíritu especulador que invade cada día con mayor fuerza á nuestra clase, de lo cual es fehaciente testimonio el cúmulo de anuncios que llenan columnas de importantes periódicos políticos y profesionales, sin aumentar por cierto su reputación y crédito. Ellas, más que todas las demás causas, han multiplicado en la Farmacia la abrumadora muchedumbre de preparados especiales, con evidente perjuicio de la Materia médica, y bien se puede pronosticar que si ellas mismas no detienen este impulso y corrigen pronto los grandes daños á que da lugar, el Arte se verá reducido al fin, por un lado, á algunas manos diestras, hábiles para ejecutar, sin comprenderlas, determinadas operaciones difíciles; y, por otra parte, al mismo temeroso problema que plantea el Dr. Letamendi: «si sientes A, es que padeces B, y debes, en consecuencia, tomar H ó X»; aunque, á mi parecer con esta modificación: «debes tomar este específico, pre-

parado al por mayor en fábrica acreditada de productos químicos y farmacéuticos, y remitido para su venta, cuando se haga, en elegantes envolturas, cajas ó frascos, como si se tratara del más lindo dije.»

Por fortuna, la enfermedad no está en su apogeo; que si existen multitud de especialistas de mala estofa, hay otros muchos que honran á la Medicina y á su patria. Quizás Cervantes, escribiendo el inmortal libro en este siglo, hubiera obligado á Sancho á que dijera alborotado y colérico estas palabras: «Voto al Sol, que tomo un garrote y que á garrotazos no me ha de quedar *especialista* en toda la ínsula, á lo ménos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los *especialistas* sabios, prudentes y discretos, los pondré sobre mi cabeza, los honraré como á personas divinas.» Pero á la verdad que el ánimo queda sereno y tranquilo y se abre el pecho á la más dulce esperanza, cuando el pensamiento se fija en algunos especialistas y analiza cuidadosamente su historia. ¿Quién no quedará convicto y alborozado sabiendo que Alibert, antes de publicar su inmortal Monografía de las dermatosis, había dado infinitas pruebas de un talento fecundo y variado, y que era médico profundo y fisiólogo entusiasta? ¿Cómo no esperar grandes adelantos de Hunter, si ántes de aislarse en su especialidad desplegó una actividad sin ejemplo y celo infatigable en todas las ciencias médicas, y más que en todas en la Anatomía y en la Cirugía? Pues si no fueran compañeros y amigos de todos nosotros, y yo pudiera librarme de la responsabilidad de esta acometida, tan imprudente como fundada, que les dirijo, ¿cuánto no os diría en estos momentos de Suender, Cervera, Castelo, Olavide y otros, en demostracion plena de su justo renombre?

Permitid que en vez de continuar mis citas condense toda la doctrina en un sencillo teorema, que por lo verdadero parece axioma: «Los médicos que posean las condiciones de los nombrados, son los únicos llamados para hacer útiles y ejercer las especialidades médicas.» Pocos resultan en verdad, pero ni la Ciencia necesita mayor número de ellos, ni la sociedad debe reclamarlos. Para satisfacer las necesidades y hasta las exigencias de ésta, sirven los médicos de familia; para los casos extraordinarios co-

munes debe haber médicos de consulta; para los casos extraordinarios especiales sirven los especialistas, y para cultivar la Ciencia valen y actúan todos, ya desde la humilde esfera de la práctica proporcionando datos; ya en el laboratorio, en el gabinete y en el estudio, observando y meditando; ya en las elevadas regiones del Genio, formulando principios generales.

Después de todo, considerando el hecho de que, por lo común, las familias aprecian debidamente los servicios de sus respectivos médicos, y la tendencia general de éstos á apartarse del ejercicio exclusivo de especialidades, bien puede predecirse que jamás llegará á constituir estado social permanente de la Medicina una completa especialización, que sería evidentemente una gran desgracia y un retroceso científico.

Debiendo decir además, que en todo tiempo contribuirán eficazmente á sostener estos buenos principios los programas de la enseñanza médica bien pensados; á cuyo propósito no puedo por ménos de contestar al notable especialista que desde este sitio, y de soslayo, censuró el que rige oficialmente nuestros estudios, que si le fué fácil afirmar que en él faltan determinadas enseñanzas y sobran otras de lujo, le ha de ser imposible demostrarlo; mientras que será para cualquiera obra sencillísima hacer patente el progreso que representa en nuestras Facultades de Medicina.

*
* *

Resulta que, por cuantas consideraciones van expuestas, se presenta con claridad al espíritu el porvenir reservado por la sociedad á nuestra profesion. En materia que tanto la importa, como la conservación de la salud y curación de las enfermedades, factores eternos de su paz, de sus goces y de su prosperidad, puede asegurarse con entera confianza que en el porvenir, como ahora y como ántes, triunfará siempre el instinto de conservación: *salus populi, suprema lex esto*. Y la sociedad entera contará entre los principales bienhechores al médico de la casa ó de la familia,

enaltecido con tanta elocuencia como justicia por el nuevo Académico.

Ni mi inhábil pluma puede describir las virtudes que en él resplandecen, ni los sacrificios que todos los días lleva á cabo en servicio del cliente, el cual en el mayor número de veces viene á formar una nueva familia, preferida á la suya propia en muchas ocasiones, sea por deber científico, ó sea por sentimiento humanitario. Lo que sí manifestaré, lleno de la convicción más profunda, y con la pena de no poseer talento suficiente para persuadir á quien me oiga ó á quien leyere estas incorrectas y fundadas razones, es que no se puede señalar ventaja más positiva y trascendental para las familias, en lo concerniente á sus enfermedades, que el tener á su servicio, cuando la necesidad llega, médicos amigos y que, segun expresion acertadísima del vulgo, *conozcan la naturaleza* del enfermo. Confíe todo jefe de familia en la probidad profesional de aquel á quien encomienda el cuidado de la salud de los seres más caros y de la suya propia, y esté seguro que el médico de la casa, en cumplimiento de sagrada obligacion, sabrá corresponder á su confianza hasta donde las propias fuerzas se lo consientan; y si éstas faltaran, sabrá fijar el momento en que se hace necesaria la presencia del médico eminente á quien llamó el Dr. Letamendi *médico de consulta*.

He terminado, sin que ahora pretenda epilogar lo que escribí desaliñadamente, con lo cual, si yo no hago nuevo esfuerzo por quedar airoso en esta grande solemnidad, vosotros resultais aliviados de la carga de oirme; la que, á juzgar por el agobio que me causa, debe pesaros como si fuera de plomo. Sólo me permitiré deciros, á modo de remate de todas mis confianzas y pensamientos, que si el genio de los ilustres médicos colocados al frente del movimiento científico, y la fama de que gozan renombrados especialistas, son con justicia acreedores á la consideracion, al respeto, al premio y á la admiracion de las gentes; no merecen ménos aquellos verdaderos sacerdotes de Esculapio, que ni disfrutan reposo completo, sin interrumpirle para aliviar el dolor ajeno, ni defienden jamás su propia persona del mortífero contagio, ni rehusan á veces poner en peligro positivo la propia reputacion, acometiendo por necesidad empresas imposi-

bles para sus propias fuerzas, aisladas de auxilios extraños; y todo esto teniendo por inseparables compañeras la modestia en la sociedad, la rectitud en sus actos, la pobreza en su casa y la miseria de su desconsolada viuda y de sus amantísimos huérfanos en el porvenir.

HE DICHO.